

## CAPÍTULO UNO

Bajamos por la entrada. Los faros dejaban distinguir la casa, el garaje, la silenciosa, paciente figura al frente.

‘Oh, sí,’ dijo mi madre. ‘Ahí está. Esperándonos. Ella siempre está esperando. Como la esfinge.’

‘Mamá,’ dije.

Se acercó a saludarnos. Diminuta, austera, llevaba puesto el mismo mandil sucio que recordaba de visitas anteriores. Habían pasado dos años desde la última vez que había estado aquí.

Vino hacia mí primero. ‘Patrick,’ dijo. Me agarró por los hombros.

‘Hola, *Ouma*,’ dije.

Entonces se dirigió a mi madre. Se abrazaron con cautela, con dulce hostilidad, bajo el chorro de luz procedente del coche. El motor todavía estaba encendido.

Me dieron la habitación del ático, donde el tejado se inclinaba hacia abajo. Siempre había dormido aquí, desde niño pequeño, durante los días y días que estuve en esta granja, cuando mi madre todavía amaba a mi padre.

Desempaqueté mi ropa, aunque era innecesario: volvíamos a marcharnos al día siguiente. Pero, por alguna razón, la rutina metódica, así como la fricción de los dedos en la tela, era un alivio para mí. Ordené y escondí mi ropa en cajones y los cerré cuidadosamente. Entonces me senté en la cama, mirando a través de la ventana, hacia donde se desvanecía la última luz del sol. Me llevé un pequeño sobresalto cuando me giré para ver a mi madre observándome desde el marco de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho. No sabía cuánto tiempo llevaba allí.

‘Me asustaste,’ le dije.

‘Perdón. Pensé que sabías que estaba aquí. ¿Quieres una pastilla?’

‘No. Gracias.’

‘La cena está casi lista.’

‘Ahí estaré,’ dije. ‘Ahora voy.’

Pero ella no se fue. Se quedó allí, mirándome.

Nos sentamos en el comedor, mi abuela, mi madre, yo. Comimos en silencio, con nuestras cucharas de hierro precipitándose sobre los platos, y yo mantenía la mirada hacia abajo, en la superficie de la mesa frente a mí. Había marcas de quemaduras y rasguños y manchas en la madera, una historia completa de daños. Del suelo de pizarra subía frío, como una presencia de la casa añadida a las nuestras.

*Ouma* estaba sentada en la cabecera de la mesa, en el lugar que había ocupado desde que su marido muriera unos cuantos años antes. Siempre que necesitaba algo se inclinaba hacia delante y hacía sonar una pesada campana metálica con una sacudida de su muñeca; la sorprendentemente delicada nota que emitía llamaba a una mujer negra, que apareció con los pies descalzos desde la cocina.

‘Anna,’ dijo mi madre la primera vez que la vio, ‘¿cómo estás?’

Anna hizo una pequeña reverencia y esbozó una tímida sonrisa, pero no contestó. Yo no tenía recuerdos de Anna de antes, pero los sirvientes se desplazaban de trabajo en trabajo en la granja a antojo de mi abuela, así que debía estar escondida en algún lugar entre bastidores. *Ouma* desaprobaba las conexiones amistosas con sus subordinados, y frunció el ceño casi imperceptiblemente ahora a través del profundo silencio que se había establecido en la fría habitación, donde el único sonido audible era el arrastrar de los pies de Anna en el suelo.

Después de la cena, salimos al porche de atrás. Nos sentamos en fila en tres sillas de madera, mirando hacia las montañas. La luna estaba en lo alto y los murciélagos volaban sobre su luz y temblaban sobre el huerto.

‘¿Cuándo os vais? ¿No queréis quedaros un día más?’

‘No, no,’ dijo mi madre. ‘Tenemos que irnos por la mañana, después de desayunar. Tenemos un programa que seguir.’

‘Ah,’ dijo *Ouma* con una sorpresa irónica. ‘Un *programa*.’ Hizo un sonido de fastidio con la boca y me dijo, ‘Tu padre llamó, Patrick.’

‘¿Howard llamó aquí?’ dijo mi madre, incrédula.

‘Quiere que lo llames esta noche.’

‘Oh, bien.’ dije. ‘Vale. Claro.’

‘Se las da de jefe,’ dijo mi madre. ‘Está tratando de localizarme. No lo llames, Patrick.’

Anna apareció con sus planos, callosos pies, trayendo café en una bandeja.

‘*Hoe voel jy, Patrick?*’ dijo *Ouma*.

‘Bien,’ dije. ‘Estoy mucho mejor, en realidad.’

‘*Heeltemal gesond?*’

‘No,’ dije. ‘Eso va a llevar más tiempo.’

Ella hizo un ruido con la garganta que podría haber sido compasión o desaprobación y sorbió su café. Mi madre me miró de lado y guiñó un ojo.

Mi madre, aunque fuese difícil de creer, había crecido aquí en la granja. En mis años más jóvenes mis visitas aquí habían estado llenas de asombro por este hecho. Había caminado por la polvorienta sabana, tratando de entender cómo había dado lugar a ella. No había huella de sus principios rurales en el rostro de mi madre. Ni evidencia de este otro, más temprano yo, en la mujer que me había criado.

Había una vieja fotografía de ella – pequeña y sepia – colgada al lado del teléfono y la estudié ahora mientras sujetaba el auricular y giraba el marcador para contactar con la operadora. Mostraba a una pequeña chica con un vestido oscuro, de pie cerca de un fondo de árboles, con el pelo recogido en coletas, sonriendo a la cámara con un exacto, cuadrado hueco donde uno de sus dientes delanteros faltaba.

‘¿Hola?’

‘Ciudad del Cabo,’ dije y di el número. Hubo una pausa sibilante antes de que empezase a llamar. La voz de mi padre era alta. ‘Howard,’ dijo, hablando como si fuese una acusación.

‘¿Papá?’

Otra pausa. ‘¿Patrick?’

‘Sí.’

‘¿Cómo estás?’

‘Bien. Estoy bien.’

‘¿Estás tomando tus medicinas?’

‘Sí. ¿Qué pasa?’

‘No, nada. Quería saber cómo estás, eso es todo. ¿Te importa?’

‘No.’

‘¿Cómo está tu abuela?’

Esto lo dijo con una leve burla, lo que por algún motivo me irritó.

‘Está bien.’

‘¿Y tu madre?’ Esta era la verdadera razón de la conversación; los dos lo sabíamos. A pesar de que él y mi madre llevaban algún tiempo divorciados, él todavía sentía ansiedad cada vez que ella salía de la ciudad, como si no fuese a volver nunca.

‘También está bien. Estamos todos bien. Papá, ¿qué pasa?’

‘Nada, ya te dije. Solo estoy comprobándolo. Soy tu padre, ¿te molesta?’

‘No,’ dije sin pensar. Algunas mentiras salen sin pensar.

‘¿A qué hora os vais mañana?’

‘No sé. Después de desayunar, dijo mamá.’

‘Vale. ¿A qué hora llegáis a Windhoek?’

‘No tengo ni idea. Te llamaré desde allí arriba, cuando lleguemos.’

‘Vale. Y cuídate.’

Cuando colgué el teléfono el silencio parecía crepitar en mi oído. Salí fuera al porche, donde mi madre y mi abuela se habían reunido en intimidad, cogidas de las manos y susurrando. Se callaron cuando llegué.

‘Me voy a la cama,’ les dije.

‘¿Qué quería? ¿Preguntó por mí?’

‘No.’

Les di un beso de buenas noches a las dos – la cara de mi abuela áspera y fría, la de mi madre cálida y lisa – y subí al ático. Desde la ventana la luna parecía magnificada, creciendo hacia la plenitud. Me desvestí y apagué la lámpara y me metí en la cama. Yací allí durante un largo tiempo, con las manos detrás de mi cabeza, escuchando los sonidos de la casa. Oí a mi madre subir a la habitación de abajo; la oí cepillarse los dientes y murmurar para sí mientras se preparaba para meterse en la cama. Entonces hubo tranquilidad. Tal vez otra media hora pasó antes de darme cuenta de por qué no me había quedado dormido. Así que me levanté y tragué mis pastillas. Prothiaden, Valium. Al poco tiempo estaba soñoliento. Me puse de lado.

## CAPÍTULO DOS

Estábamos subiendo a Windhoek a visitar al amante de mi madre. Lo había conocido allí dieciocho meses antes mientras estaba dando clases en la academia. Todo lo que yo sabía de él era que su nombre era Godfrey y que tenía veintiséis años. También, por supuesto, que era negro.

Este hecho no me molestaba. Un entumecimiento se había arrastrado dentro de mi vida, para que ningún hecho pudiese herirme nunca más. Mi madre, desde que se había despedido de mi padre, se había entregado a cosas mucho más extrañas que esta. Viviendo con ella en nuestra pequeña casita en Ciudad del Cabo, había sido testigo de pasiones bastante más curiosas que los hombres. Así que cuando mi madre había vuelto de su período de enseñanza en Windhoek con noticias de su amante, no me alarmé por su color.

Yo había hablado con Godfrey muchas veces por teléfono. La llamaba dos veces por semana, tarde a la noche. En estas llamadas, extrañamente, nunca reconoció que yo era su hijo, y yo no mencioné su relación con ella. Nunca nos llamábamos por nuestros nombres, aunque éramos siempre cuidadosamente educados. Tenía una clara, profunda, desapasionada voz. A veces llamaba después de medianoche. Según mi madre, esta era su manera de intentar pillarla. ‘Está locamente celoso,’ dijo – y ella alimentaba sus celos saliendo cuando creía que él iba a llamar. O a veces me hacía responder al teléfono y hacer como que no estaba allí.

‘Quiero hablar con Ellen.’

‘Lo siento pero está fuera.’

‘¿Fuera dónde?’

‘No sé. No estoy seguro. Con amigos.’

‘¿Cuándo va a volver?’

‘Realmente no lo sé.’

‘Dile que llamó Godfrey. *Godfrey*. Asegúrate de darle el mensaje.’

‘Se lo diré.’

Después ella me hacía describir su tono y repetir con detalles exactos lo que había dicho. Aunque yo estaba feliz de jugar a este juego por ella, me sentía apenado por él, por este joven que estaba tan enamorado. Ella era diecisiete años mayor que él y por supuesto yo no era mucho más joven de lo que lo era él. Ella se casó con mi padre cuando tenía sólo veinte años. Todavía estaba estudiando teatro por aquel entonces y él acababa de completar su licenciatura en ciencias empresariales. Eran una pareja extraña pero mi madre se había quedado embarazada y una cosa llevo a la otra. Dejó la escuela de teatro al final del año y se convirtió en esposa.

Aunque probó suerte con algunos trabajos de interpretación a lo largo de los años, nunca tuvo realmente una carrera propia. Su gran papel era el que desempeñaba como ama de casa, como madre, como constructora de hogares. Se dedicó a remodelarse a sí misma en la

imagen que mi padre deseaba. Él se avergonzaba de sus rústicos comienzos afrikaans, así que ella aprendió a hablar inglés sin acento. Convirtió en su obligación adquirir gustos y valores cosmopolitas, que aprendía de las gentes y casas que eran el nuevo telón de fondo de su vida social. ‘Crecí con prisas,’ me dijo amargamente. A cambio, mi padre proporcionaba dinero y consuelos materiales. Nosotros fuimos criados con gran estilo. Yo llegué al mundo tres años después que mi hermano Malcolm. Para entonces ya no había trazas de aquella otra mujer, más temprana: Elsa de Bruin había desaparecido y en su lugar estaba Ellen Winter, que podría haber nacido en Constantia.

En aquellos años no sonreía mucho. Recuerdo una compuesta, distraída, exangüe cara, los ojos grandes y oscuros, con largas pestañas. Y su firme boca con labios ligeramente delgados como para ser sensuales. Podría haber sido una cara cruel, pero no había crueldad en ella. Ni siquiera la profunda pena que más tarde afirmó estar sintiendo – pena por su otra vida perdida – aparecía por ningún sitio. Sus estados de ánimo eran tan uniformes y vacíos como su cara. Era muy tranquila. Yo solía entrar a menudo en el salón, con mi padre y mi hermano fuera por la noche, para encontrarla a ella sentada sola en una silla, escuchando los tictacs de los relojes que llenaban la casa como una especie de música.

‘¿Qué estás haciendo?’ decía yo, perturbado por esta visión de espera solitaria.

‘Estoy sentada,’ contestaba. ‘Solo sentada.’

Buscaba lágrimas, pero su cara siempre era pasiva. Sin embargo, en algún nivel más bajo que el de las palabras, podía sentir su dolor. Yo me precipitaba sobre ella, dándole cabezazos, intentando empujarla fuera de su ensimismamiento helado. A veces tenía éxito: ‘Ve y báñate. Vamos a salir a cenar hoy.’ Entonces yo iba y me preparaba y me reunía con ella en el piso de abajo media hora más tarde, los dos engalanados, como si estuviésemos implicados en algún cortejo pasado de moda. Y esta extraña, casta ilusión continuaba toda la noche: en media hora estaríamos sentados uno en frente del otro en una mesa íntima, mientras los camareros presionaban cartas en nuestras manos y un piano sonaba suavemente al fondo.

En momentos como este estaba contento de estar con mi madre a solas, con mi hermano y mi padre en otro lugar, todos los rivales por su afecto eliminados. Creía que podía compensar las faltas y ausencias en su vida. Susurraba mis deseos a través de la mesa blanca, con la llama de la vela doblándose con mi aliento. ‘Vayamos a tomar un helado,’ decía yo, ‘cuando acabemos aquí.’

‘Muy bien,’ susurraba ella, bajando la voz en conmovedora colaboración con mi fantasía, ‘un gran helado blanco, en un cucurucho.’

‘Y después una película.’

‘Sí, una película,’ decía ella, cayendo en una reflexión que solo me incluía a mí. Películas y helado eran cosas que nunca se le ocurrían a mi padre; yo las sugería exactamente por esa razón. Y caminábamos juntos frente a la playa, cogidos de los brazos, lamiendo nuestros

helados en una especie de complicidad aturdida. Mi madre era blanca y larga y fría, como cualquier cucurucho de helado.

Cuando era mucho más joven me dejaba dormir con ella alguna vez. Esas eran noches extraordinarias: medio despierto, medio dormido, yo estaba varado, parecía, en un acre de hojas. Ella yacía a mi lado, elegante incluso en el sueño, con un brazo extendido al lado de ella. Soltaba su pelo antes de irse para la cama y reposaba esparcido sobre la almohada: un estampado en negro, una de las sombras que la luna emitía desde la ventana.

Una vez – solo una vez – gritó en sueños. Un largo y confuso gemido que salió con dolor: ‘Howard... Howie... ¿qué has...*hecho*...?’

El significado de esto permaneció sin resolver; un secreto enterrado bajo su cara blanca, iluminada por la luna. Respiraba suavemente mientras dormía. Demasiado suavemente a veces: una vez me desperté en medio de la noche y pensé que se había muerto. La llamé y me agarré a ella con manos aduladoras y lloré cuando se despertó y me acunó en su abrazo. ‘¿Tenías miedo a que te dejase?’ No respondí. No podía encontrar palabras para expresar lo que sería estar solo en la casa con Malcolm y con papá.

Cuando me hice mayor ya no me dejaba compartir la cama. ‘Eres muy grande ahora,’ decía. ‘Ya no te da miedo la oscuridad.’ Nunca fue la oscuridad lo que me había conducido a ella, pero no dije nada. En todo caso, ella ya no compartía cama con mi padre y la suya nueva, en la habitación vacía del piso de abajo, era la mitad de grande. Así que me quedé en mi propia habitación de arriba, con el vacío alrededor, sintiendo su calor.

Cuando mi padre estaba en casa todo rastro de su afecto pasaba a la clandestinidad. Se volvía formal e incluso educada conmigo. Se sentaba en el estudio por la noche, en uno de los sillones de cuero, manteniendo las manos ocupadas con un tapiz o cosiendo o escribiendo una carta. Murmuraba muy suavemente cuando hablaba. Solo por pequeñas señas – el roce de los dedos en la mesa, o una mirada hacia mí en frente del televisor – estaba seguro de su continuo amor por mí, expresado tan enteramente cuando estábamos los dos solos.

Cuando recuerdo estas escenas ahora es una especie de vacío el que siento; y sin embargo nuestras vidas eran plenas. Llenas en el sentido material, con objetos y ornamentos y oportunidades de divertirnos. Tenía mi propia habitación, con un baño para mí. Nuestra casa era de tres pisos, enmoquetada, con las paredes cubiertas por caros cuadros, con cada mesa cubierta de porcelana o plata, todo real. Mi padre, aquel patán bien educado, sabía qué comprar, aunque ello no le proporcionaba ningún placer; estaba enviando señales codificadas de riqueza y cursilería. ‘Prefiero ir a la India a por algo auténtico,’ nos dijo, ‘antes que comprar una copia perfecta en Sudáfrica.’ Sus posesiones apuntalaban su precario alto standing.

Necesitaba publicitar su sofisticación, porque esta era enteramente falsa. Su verdadero amor era la caza. Las paredes del piso de abajo estaban cubiertas de cabezas de animales. Él había matado a todos ellos, solía decirles a sus visitantes con orgullo, mientras enseñaba su

colección de pistolas y rifles. Nunca se cansaba de manipularlas, desmontándolas y limpiándolas, con sus manos más afectuosas con aquellos duros trozos de metal de lo que nunca lo habían sido con nosotros. ‘Con esto,’ te decía, ‘maté aquello,’ señalando la cabeza de un kudú sobre la chimenea. ‘Y con esta, aquel.’ Un impala cerca de la puerta. ‘Este pequeño bebé abatió a aquel.’ Un jabalí, con cerdas brillantes.

Su exhibición más orgullosa era el leopardo en el hall de entrada. Preservado enteramente en una isla de madera, con los dientes hacia atrás en un gruñido.

De niño yo estaba horrorizado y fascinado por el leopardo. Me acostaba durante horas en los fríos azulejos del suelo, intentando mirar dentro de su garganta hacia la oscuridad que contenía. Imaginaba a mi padre, con una rodilla en el suelo, manteniéndose firme mientras el leopardo atacaba. Fue una gran decepción enterarme más tarde – por Malcolm, que había estado allí – de que este no era el modo en que había sucedido en absoluto. ‘Lo perseguimos durante millas en el Land Rover,’ dijo. ‘Estaba herido, no podía correr como es debido. Papá le disparó en un árbol cuando trató de escapar. Ni siquiera se preparó.’

Mi padre, a pesar de todos sus ornamentos y cuadros, tenía un aspecto como si su lugar fuese el aire libre. Era un hombre gordo y sudoroso, con pelo marrón recortado corto y un elegante bigote, manchado de nicotina en el borde. Tenía un problema de corazón, pero le gustaba fumar puros y beber. Tenía los ojos azules tan pálidos como para ser casi incoloros. A veces se me quedaba mirando, con asombro o desaprobación, desde aquellos ojos, bordeados con resina y pequeños pelos blancos, como las cerdas del jabalí de la pared.

‘¿Por qué eres tan pequeño?’ demandaba.

‘No lo sé.’

‘Tienes que comer como es debido. ¿Comes?’

‘Sí.’

‘Ellen, ¿come?’

‘Sí, Howie, ¿de qué estás hablando? Lo has visto comer.’

‘¿Prácticas deporte, Patrick? ¿En la escuela?’

‘No le gustan los deportes, Howie, lo sabes.’

‘Tonterías,’ gritó, levantándose de repente sobre sus cortas y ligeramente encorvadas piernas. ‘Ven conmigo,’ ordenó, cogiéndome por la parte de atrás de mi cuello.

Me llevó, ese día y otros, a la ancha extensión de césped que había fuera. Yo me quedaba de pie, temblando con un miedo que podía oler en mi nariz, al borde del macizo de flores. Y esperaba. ‘Tienes que observar,’ me dijo. ‘Obsérvalo todo el trayecto, hasta que llegue a tus manos. ¿Me entiendes? No parpadees.’

Y entonces lanzaba el balón: oval, oscuro, una peligrosa forma de cuero. Silbó hacia mí a través del final de la tarde, una encarnación de todo lo que me daba más miedo, y de todo lo

que nunca podría hacer: el balón se me cayó. Giré mi cabeza con espanto y rebotó en mis embotadas manos, alejándose girando entre las flores. ‘Perdón,’ grité. ‘Perdón, perdón...’

Corrí a buscarlo.

‘Déjalo, papá. Ni siquiera te molestes.’

Esto dicho por Malcolm, que se sentaba en el escalón más bajo de la veranda. Y se reía.

‘Déjame en paz,’ dije, tanto a mi padre como a él.

‘Es suficiente, Malcolm,’ dijo papá.

Y golpeó el balón hacia mí. Esta vez lo cogí: por alguna casualidad encontró su camino hasta mis manos. Lo lancé de vuelta con cuidado.

‘Bien hecho,’ dijo papá alentadoramente.

‘Eso fue suerte,’ susurró Malcolm.

‘Déjalo, Mal.’

Todavía puedo ver a mi hermano mientras estaba en el escalón aquel día: bronceado, malhumorado, con el pelo demasiado largo. Él podía coger cualquier balón que le fuese lanzado. Era el capitán de su equipo de rugby en el colegio. No podía deletrear o hacer sumas, pero tenía un espíritu rebelde que no podía ser anulado. Daba patadas a las piedras, con su corbata bajada y el botón de arriba de su camisa de la escuela desabrochada. Tallaba su nombre en las mesas de madera en las aulas y maldecía salvajemente y escupía de lado expertamente. Tenía una marca amarilla de fumar en el dedo índice y en el pulgar. Era el hijo de mi padre. Yo era el impostor, con los ojos oscuros de mi madre; mientras Malcolm tenía el mirar gélido de papá.

Los dos jugaban juntos al balón fuera en el césped. Con ellos no era un ejercicio torpe; era realmente un juego. Practicaban pases y placajes, líneas de movimiento cosidas que los vinculaban invisiblemente. Malcolm podía patear y coger el balón mientras corría. Sudando, haciendo muecas de placer, después entraban dentro juntos, con los brazos alrededor uno del otro, luminosos de orgullo y esfuerzo.

‘Tu corazón,’ advirtió mi madre, desde encima de su costura.

‘Lo sé,’ jadeó mi padre, con una mano en sobre el pecho. ‘¿Dónde están mis pastillas?’

En cuanto a mí, no creo que tuviese un corazón en absoluto, este hombre hinchado con sus camisas abiertas hasta en ombligo, mostrando sus cadenas de oro y sus brazaletes. Todo acerca de él, incluso los detalles más casuales, era caro pero de algún modo barato. No sé qué pequeñez estaba tratando de compensar, pero emitía una energía e importancia interminables: era ruidosamente generoso e intimidante y comunicativo. Su voz parecía provenir de un profundo hueco en él, siempre al borde de proferir una risa insincera, envuelta en el humo azul de sus puros cubanos. Estaba lleno de engaños y baratijas y adornos. Nunca lo había visto desnudo. Sus manos gesticulaban enormemente en el aire. Era, por naturaleza más que por vocación, un millonario.

Yo nunca había entendido exactamente cuál era el negocio de mi padre. Pero tenía algo que ver con el mercado de valores y, más recientemente, con propiedades alrededor del país. Era dueño de lotes de tierra aquí y allá a lo largo de la costa; tenía bloques de pisos enteros a su nombre en Ciudad del Cabo y Johannesburgo. En las paredes de su despacho, entre las cabezas incorpóreas de animales a los que había privado de vida, había certificados crípticos enmarcados en oro. Uno de estos – un trozo de papel grande, con aspecto ordinario – era el contrato que había empezado su carrera. ‘El que marcó la diferencia,’ nos dijo, radiante. Sé que se suponía que yo debía parecer impresionado, pero para mí era solo una aburrida hoja en argot.

Desde ese primer gran acuerdo, mi padre había ganado mucho dinero. Como nunca se cansaba de explicar, él ‘trabajaba para dejar de trabajar’ – con lo que quería decir que era lo suficientemente rico como para retirarse. No totalmente: pero aparte de las pocas horas cada día que se pasaba al teléfono o en su invisible oficina en la ciudad, estaba habitualmente en algún lugar por la casa, limpiando sus armas, o revolcándose en la piscina, moviéndose con jadeantes brazadas a través del agua. Pero no parecía a gusto durante estas largas, desocupadas horas. No, lo que deseaba más que nada era estar lejos, fuera de la ciudad, en algún lugar del monte, y era habitual que yo volviese del colegio para encontrar la casa vacía de su presencia, chorreando luz. En esas ocasiones mi madre solía estar más feliz de lo habitual. ‘Tú padre está fuera en las ciénagas otra vez,’ decía, con una pequeña sonrisa subversiva parpadeando en su boca.

O: ‘Se fue a Transvaal del este de caza.’

O a pescar a Transkei.

Había decidido hace tiempo que estos viajes al aire libre eran demasiado duros para ella y optó por quedarse en casa, conmigo y con un escuadrón de sirvientes. Así que él se fue con un grupo de hombres por compañía, ruidosos y peludos e intensos, como él. Muchos de ellos eran gente con la que él hacía negocios, para quienes el salvajismo de la naturaleza era un sustituto metafórico para el mundo del dinero. Se congregaban en nuestra casa a veces, antes o después de estos viajes, vistiendo equipos para el aire libre de diseño, bebiendo cerveza y friendo filetes en el césped. Eran, y se comportaban, como gente sin dudas acerca de sí mismos, riéndose desenfrenadamente y golpeándose unos a otros con fuerza en la espalda. Tenían nombres que subrayaban sus naturalezas: eran Harry o Bruce o Ivan o Mike. Estaba Fanus, a quien yo cacé una vez meando en las rosas. Tenía miedo de ellos y salía por la puerta de atrás para evitarlos.

Cuando cumplió quince años, Malcolm iba con mi padre a alguno de estos viajes: de vez en cuando había una doble ausencia cuando volvía de la escuela. Y aunque estaba profundamente aliviado por no haber sido nunca invitado a ir también, estaba celoso de mi hermano. Solía volver de estas odiseas enrojecido y locuaz, tan ansioso por jactarse que no se rebajaba a ni siquiera hablar conmigo. Venía a mi habitación algunas veces, tarde por la noche cuando la luz estaba apagada, y me contaba historias de cosas que yo sólo podía imaginarme.

‘Bebí vino tinto,’ dijo una vez, ‘hasta que vomité por la ventanilla del Land Rover. Papá no paró, sólo se rio de mí.’

Y en algún lugar muy dentro de mí anhelé vomitar por ventanillas también, para ganarme la risa de mi padre.

O la vez en que disparó a su primer impala. ‘No estaba muerto, estaba tirado en el suelo, pateando. Papá lo mató con un cuchillo.’

Yo asentí solemnemente, en trance y horrorizado. El cuchillo estaba en mi garganta.

Al final le pregunté a mi padre si podía ir también. Fue una petición imprudente e impulsiva, y después de que él accedió alegremente, inflado de placer, me llené de amargo arrepentimiento. Pero de algún modo la siguiente ocasión llegó y se fue y yo me quedé atrás en casa. Estaba aprendiendo el sabor del alivio y de los celos mezclados juntos, un sabor como de ceniza. Era un sabor que brotaba rápidamente hacia mi lengua cada vez que mi hermano estaba alrededor.

Malcolm era fuerte y espléndido y mezquino. Se comportaba como si fuese inmortal. Así que su muerte repentina no fue tan solo dolorosa y trágica, sino que de algún modo iba en contra del orden natural de las cosas. Murió en 1986, cuando yo tenía diecisiete años, en mi penúltimo curso en la escuela. Malcolm había suspendido el último año de instituto y había ido directamente al ejército.

Estaba hecho para ese uniforme. Se veía casualmente guapo, capaz de heroísmo y de brutalidad. Y si hubiese muerto la muerte de un soldado, en un granizo de balas, o un purificante bautismo de fuego, podría haber sido menos terrible y terminal. Pero murió en un accidente de tráfico ordinario, en un jeep del ejército en un tramo de carretera sin nombre. Un neumático reventado, un patinazo, una zanja al borde del alquitrán.

Le hicieron un funeral militar. Yo estuve de pie entre mis padres – mi padre rígido de dolor, mi madre sedada – mientras el ataúd, vivamente envuelto con la bandera sudafricana, descendía hacia el interior de la tierra. Salté cuando los rifles dispararon. Y la siguiente semana en la escuela hubo una asamblea especial en honor de mi hermano, al final de la cual los otros chicos vinieron a estrechar mi mano con siniestra conmiseración.

De lo que yo estaba sintiendo en ese momento no tengo ni idea. Veo eventos y a mí en ellos, desde una distancia. Es una historia contada por muñecas o marionetas, en un extraño, irreal escenario. Recuerdo ver a mi padre llorar por primera vez en mi vida – temblando, con silenciosos sollozos soltados entre sus manos mientras se sentaba bebiendo whisky en su escritorio – y el sentimiento, aunque tal vez eso viniera en un momento diferente, de que hubiera sido mejor si hubiese sido yo el que hubiese muerto. Había el conocimiento, también, de que ahora llevaba una carga más pesada, de culpa y de esperanzas trasplantadas. Y el terror al fracaso.

Pensé que la pesadez era solo mía, pero ninguno de nosotros era el mismo. La ausencia de Malcolm dejó un gran vacío detrás, que nos condujo ineluctablemente hacia su oscuridad. En el lugar secreto donde sea que las vidas humanas se sueldan, uniones y costuras habían sido arrancadas del sitio. Toda la infelicidad que había sido aplastada bajo una tapa, de repente se derramó hasta estar a plena vista.

En cuatro meses mis padres estaban divorciados. Mi padre se quedó con su casa y yo me fui con mi madre. Visitaba a mi padre a veces los fines de semana. Casi de inmediato empezó a vivir con una serie de novias, la primera su secretaria. Nunca se me ocurrió que pudiesen ser amantes, ni siquiera durante esos largos viajes fuera de la ciudad, y me quedé impactado. Pero nunca ninguna de ellas se quedaba mucho tiempo; algunas eran reemplazadas entre alguna de mis visitas y la siguiente. No creo que estuviese especialmente unido a ninguna de ellas y me llevó algún tiempo darme cuenta de que era una forma de duelo por mi madre. Eran todas sustitutas, todas temporalmente, lustrosamente, habitando su espacio. Al mismo tiempo él se volvió sobreprotector y preocupado por mí – otro tipo de sustitución.

Mi madre también cambió, radicalmente y de repente, pero en otra dirección opuesta a mi padre. Ella, que había sido tan devota y sumisa, tiró el papel de esposa como si le hubiese estado pesando. ‘Me siento yo misma por primera vez, Patrick,’ me confió unos pocos días después de que nos hubiésemos ido de junto de mi padre. ‘Todo ha sido una actuación hasta ahora.’ Y vi que había experimentado tres encarnaciones muy diferentes en su vida. La primera era la de la foto en la pared en la casa de *Ouma*: una pequeña chica afrikaans en la granja, con coletas y sin un diente. Después vino la joven, pálida esposa, esquilada de su pasado, arremolinándose en un hermoso vacío. La tercera, que empezó cuando mi hermano murió, era la que la había poseído ahora.

Dijo que finalmente se había convertido en una persona real, pero quién era en realidad continuaba siendo un misterio fuera de alcance, incluso para sí misma. Como si durante los años de su matrimonio se hubiese estado manteniendo dolorosamente estática, mi madre se entregó al movimiento. Era obvio a nivel físico: estaba constantemente inquieta, mirando a su alrededor, moviéndose. Pero su estado era más profundo que esto. Se lanzó con salvaje abandono hacia diferentes modas y movimientos, y después los descartó por otros. Empezó dietas, jugó con diferentes estilos de ropa, se unió a clubes y a sociedades a la vez, durante dos semanas. Por un tiempo solo comió carne roja, después se hizo vegetariana. Se unió a Greenpeace. Hizo campaña por los derechos de los animales, en esquinas de calles bajo la lluvia, con carteles y fotografías espeluznantes. Y de los animales pasó a los seres humanos: por primera vez en su vida se volvió apasionada de la política. Una de las cosas que tenía en contra de mi padre era su marca patriarcal de capitalismo. Se unió a Black Sash, a la Campaña por el Fin del Servicio Militar Obligatorio, al Comité de Apoyo a los Padres de los Detenidos. Se volvió fanática e

incoherente en el tema de la matanza de Crossroads. Yo escuchaba – al principio con estupor, más tarde con resignación – la retórica de la liberación.

Me di cuenta bastante pronto de quién era la verdadera víctima. Emprendiendo la causa de este grupo o aquel, ejerciendo de vocal en encuentros en mítines, estaba haciendo una súplica por sí misma. *Mírame*, estaba diciendo, *estoy aquí, fíjate en mí*. Y mientras el tiempo pasaba empezó a parecerse a uno de los desposeídos y vencidos por los que se suponía que estaba luchando. Los vestidos y el maquillaje de sus años de esposa se habían ido. En su lugar llegaron los vaqueros y los *takkies* y las camisetas engalanadas con eslóganes y parches y suciedad. Nunca había visto la piel de su cara antes, con sutiles manchas y motas. Ya no se afeitaba las piernas o las axilas. Engordó, después adelgazó otra vez. Al final se empezó a parecer, misteriosamente, al mutilado, curioso perro, del poster de anti vivisección que había encima de su cama.

Junto con estos cambios, por supuesto, había amantes. Muchos, no todos hombres. Cambiaba de pareja casi tan frecuentemente como mi padre, pero su motivación era completamente diferente: mientras él estaba verdaderamente en duelo por ella, mi madre nunca miró atrás. Hubo hippies y contables solemnes, radicales y estudiantes. El único tipo que nunca pasó por su cama otra vez fue el astuto hombre de negocios que pudiese haberle recordado a su ex marido. No, eso era el pasado; y el futuro estaba definido por cuán entusiásticamente podía entregarse a todo lo que no había hecho antes.

No pasó mucho tiempo hasta que las drogas aparecieron en la situación también. Yo estaba demasiado alarmado para entonces como para seguir el desarrollo de este escenario. Empezó con marihuana, cuyo olor se filtraba fuera de su habitación desde primera hora de la mañana, pero pronto progresó a todo tipo de otros productos químicos, más peligrosos. Normalmente las consumía en compañía de sus amigos, los personajes transitorios, extraños que siempre estaban fluyendo dentro y fuera de la casa en aquellos días, como una especie de vapor. Pero en una ocasión volví a casa y la encontré sola, tirada desnuda en el suelo en un trance comatoso. La sacudí y la sacudí, pero pasó mucho tiempo antes de que su cara huesuda se moviese y se levantase, con espirales de sombras aferrándose a sus ojos. En ese momento nuestros roles se cambiaron: ella se convirtió en la niña perdida, agarrándose a mí, desesperada por consuelo y significado. Yo sólo podía acunarla con asco y pena.

Por la mañana estaba mejor. Apretó mi muñeca en la mesa y dijo, ‘Hola.’

‘Hola.’

‘Lo que los dos pasamos anoche. Gracias, Patrick.’

‘Está bien,’ dije, aunque no lo estaba.

‘Estoy contenta, en realidad. Nos ha reunido. Ha derribado los muros un poco. Necesitamos sacar del camino todas las inhibiciones y gilipolleces. No necesitamos tener secretos entre nosotros.’

‘Sí,’ dije, pero me pregunté entonces si la gente no necesita sus secretos. Se supone que las vidas son separadas y aparte; cuando las fronteras se rompen y nos desbordamos los unos en los otros, esto solo conduce a problemas y tristeza.

Mi padre, que nunca había estado tan separado y aparte de ella antes, veía todo esto desde la distancia. Me preguntaba a mí por ella cada vez que lo veía. Lo hacía de forma cauta, dando un rodeo, sin querer parecer demasiado interesado. ‘Y tu madre,’ decía, después de haberme preguntado laboriosamente por mí. ‘¿Cómo está?’

‘Está bien, supongo.’

‘A mí no me parece que esté bien. Parece insana.’

‘¿En serio?’ dije. ‘No me había dado cuenta.’

Se quedó mirándome durante un instante, después bajó la mirada hacia su whisky. Dio un golpe con la punta del dedo a su hielo, pensativamente. ‘Ese tipo que estaba con ella cuando te dejé,’ dijo. ‘¿Lo está viendo?’

‘No creo,’ contesté y probablemente fuese cierto: a esas alturas ya lo habría abandonado por algún otro.

Una vez tuvo una idea. Poniendo una mano cordial sobre mi hombro, dijo: ‘Voy de caza a Zambia la semana que viene. ¿Quieres venir?’

Reflexioné sobre ello durante un momento y entonces dije: ‘No, no lo creo, gracias.’

‘¿Qué quieres decir? Te gustaría, Patrick. Deberías probarlo.’

Hice una pausa para saborear mi crueldad. ‘Matar cosas no es mi idea de diversión.’

Palideció con ira contenida. ‘Esa no es la cuestión y lo sabes. Es para estar al aire libre, bajo el cielo...’ Se encogió de hombros. ‘¿Por qué me estoy explicando? Malcolm no necesitaba que se lo explicase.’

‘Yo no soy Malcolm.’

Entonces cambiamos de tema y hablamos de cosas sin importancia. Pero los dos supimos que habíamos bordeado el filo de un abismo muy profundo. Yo no lo visité tan a menudo después de eso y él paró de preguntarme por mi madre por un tiempo.

Él había mantenido la habitación de Malcolm casi exactamente como era cuando había muerto. La cama siempre estaba arreglada, las cortinas se abrían por la mañana y se cerraban por la noche, como si mi hermano estuviese fuera en un corto viaje y pudiese volver en cualquier momento. En las paredes y en la mesa había a la vez veinte o treinta fotografías de Malcolm, una cronología íntegra de su vida, desde el bebé gordo y ceñudo hasta al malhumorado joven de uniforme.

Entonces yo fui al ejército. Fui a regañadientes, siendo demasiado joven e inseguro para afrontar las alternativas. No tenía una idea real de lo que venía por delante; solo un sentimiento de que estaba absolutamente en desacuerdo con mi naturaleza. Pero pensé que cuánto antes

entrarse, antes lo dejaría tras de mí. No sabía entonces cómo ciertas experiencias nunca son pasado, incluso cuando quedan atrás.

Mi madre me escribía largas cartas en las que estaba obsesionada consigo misma y en las que solo a veces se acordaba de preguntarme por mí. Hablaba del viaje que había emprendido, el viaje de descubrirse a sí misma. Yo estaba perdiendo toda noción de quién era para entonces, pero no sabía cómo dar voz a la creciente ausencia. En su lugar, escribía cortas notas como respuesta, lacónicos informes de la vida militar, y después dejé de escribir por completo. Pero no parecía que ella se diese cuenta. Continuó con su monólogo. Estaba intentando otra vez actuar, ‘la vida creativa que el matrimonio mató en mí.’ Pero no tenía la confianza suficiente, o no había suficiente trabajo y solo consiguió unos pequeños papeles aquí y allá. Estaba luchando por conseguir dinero. Así que cuando un viejo amigo, instalado en un puesto de conferencias al norte en Namibia, la invitó a ir a la academia a ocupar el puesto de otra persona durante un trimestre, aceptó inmediatamente. Era un cambio con respecto a lo usual, dijo, y ella era una adicta al cambio. Se fue a Windhoek a dar clases de teatro, y de esa forma conoció a Godfrey. Y esa era la razón de que estuviésemos haciendo este viaje en particular ahora, hacia el pasado – el suyo y el mío.